

Cuatro notas de viaje

Escribe: HUMBERTO JARAMILLO ANGEL

— I —

VIAJE A POPAYAN

Antiguamente debió ser un viaje, por entre nubes de polvo, largo, tedioso, aburridor y cansón el que se hacía de Cali a Popayán. No era, sin duda, la carretera, nada distinto a un estrecho y peligroso camino de polvo, en verano, y de lodo, en invierno. En tiempos de Mosquera, de Obando, de Caldas, de Torres y de Conde de casa Valencia, la cosa debió ser mucho más grave. Peor. Y con razón. Sin embargo...

Ahora, yendo por la mejor carretera nacional, ese viaje, que antaño demoró un largo día o una larga semana, el recorrido, en automóvil, se hace en dos horas. Y sin apurar en demasía. La carretera, en efecto, es una excelente autopista. Seguro que el país, en el gobierno —gran gobierno— de Guillermo León Valencia, gastó varios millones de pesos. La inversión se justificaba. Y se justificó. Popayán, así, está a solo un grito de Cali.

No cansa, no fatiga, el viaje. Desde que se sale de la capital del Valle, el carro rueda como por sobre una ancha mesa de piedra lisa. Ni un hueco en la vía. Ni un obstáculo. Nada. Rectas y más rectas. Señales de seguridad. Protecciones por doquier Puentes de mucha luz sobre ríos pequeños. Curvas abiertas. Terrenos planos. Paisajes verdes. Palmeras. Huertos. Cultivos de flores. Casas a lado y lado de la vía. Extensas haciendas. Cejas de monte. Arroyos claros. Barrancos altos. Taludes. Humo a la distancia. Cerros lejanos. Horizontes azules. Cielo también azul. Día de verano. Sábado tres de agosto.

Primero Santander de Quilichao. Gente de color. La agraria ciudad febril está de fiesta. Hay ferias. Casetas. Música de negros y para negros en tales casetas. Ruido. Humano movimiento. Calor. Sudor. Ardor. Y sed. Crepita el aire. Hierve la densa alegría. Danzan las mozas negras. Danzan los mozos negros. Se ven muchachas que lucen apretados pantalones o que llevan, con acariciante garbo, roja minifalda. Se alebresta la gozosa gente. Y, todo, visto, desde el carro, mientras pasan segundos de tregua en el viaje.

Santander de Quilichao —qué desteñado y feo nombre este de Quilichao— huele, seguro que tiene que oler, a flores de árboles caseros. A caña dulce. A uvas maduras. A racimos de chontaduros o a espigas de arroz. Huele, tiene que oler, a caderas de mujeres negras. Son hermosas, para mí, ante todo, las hembras finas que alcanzo a ver, en las casetas o fuera de las casetas, en la calle. Lucen trajes áureos. De zaraza. O de olán. Seríen. Y muestran, a la ligera, limpia, blanca y pareja dentadura. Los hombres parecen tallados en bronce vivo. Son rudos. Pero alegres. Es que Santander está celebrando su feria anual. Por eso es por lo que hay regocijos públicos. En un circo improvisado, todas las tardes, se realizan corridas de toros.

El carro, luego de la breve tregua, continúa su marcha. Ascende a una quieta colina gris. Cruza frente a sementeras. Baja, vuelve a subir. Gana una nueva curva. O una nueva recta. Menudean las señales de tránsito. La vía, en todo el trayecto, por parte de las firmas contratistas, es segura. Muy distinto, lógico, a lo sucedido, en largos años de larga espera, en la vía Armenia-Pereira. No hay, en realidad en todo el país, una carretera mejor construída. Y más hermosa, por lo tanto.

Rueda, rueda el carro. Y se llega a Piendamó. También está en ferias en Piendamó. Más casetas. Más molida música mala. Más gente alegre. Mayor número de muchachas vistiendo ajustados pantalones o recogidas faldas cortas. Alegría. Y el paisaje que ya, desde muy atrás, ha empezado a cambiar de tono, de color, de gracia y de verdura. Ondulados terrenos. Verdes cejas de monte. Huertos. Caminos. Árboles. Humo. Silencio en lontananza. Y, en las calles de Piendamó —una villa encaramada en una densa colina agreste— alegre gente con espíritu de carnaval.

Demora, unos minutos, como en Santander, el carro. Después sigue. De nuevo el recorrido continúa como por sobre una plana, lisa y segura mesa de piedra. Ríos. Puentes. Casas veredanas a orilla y orilla. Jardines. Más huertos. Patios. Más humo. Altos taludes. Barrancos amarillos. Y, de pronto,alzada sobre el fresco, el idílico, el pensativo, el arcádico, el maravilloso valle de Puzenza, aparece, callada y señorial, la ilustre Popayán.

Ya estoy, al fin, en Popayán. Ya estamos, mi grande amor y yo, en Popayán. ¿Por qué motivo, en mi vida, demoré, tanto, este viaje —sentimental y romántico como el de Barrés a Toledo— a Popayán?

— II —

ENCUENTRO CON ALVARO PIO VALENCIA

Al bajar del carro, por una calle llena de rubio sol tranquilo, nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. Antes de ir en busca de hotel, queremos mirar, de cerca, la Casa-Museo de Valencia. Del maestro Valencia. Torcemos hacia la izquierda. Llegamos al puente grande, vecino al puente pequeño de "El Humilladero". Allí, en seguida, está la callada y regia mansión del poeta. Cruzamos el hermoso puente. Vamos despacio porque

queremos ir mirando, uno a uno, todos los detalles circundantes. Es mi manera de viajar y de ver. En Cartagena, en Tunja, en Santa Marta, en Bucaramanga, en Barranquilla y en los pueblos y ciudades de Antioquia, observé la misma conducta turística. No existe otro sistema distinto de sacar provecho de un peregrinaje sentimental.

Encontramos franca la entrada al espacioso patio en donde se levanta, en bronce puro, la estatua del autor de *Ritos*. Estatua ejecutada por Victorio Macho. El patio, amplio, empedrado, conserva el grato ambiente de otros tiempos. Cuatro árboles de amaranto —laurel del pueblo griego— aroman, con sus flores, el lugar. Hay silencio. Es la divina hora del bello crepúsculo. En las eras del jardín: rosales, resedas, clavellinas y geráneos. Frente al soberbio bronce, nos detenemos, por largos minutos, en muda, en absorta, en reverente observación. El grande hombre de letras y de tribuna, de parlamento y de embajada, de candidaturas y de combates, está, allí, luciendo el romántico atuendo de su capa española. Una mano al pecho. Otra, abierta, en el aire, como para alzarse, poderosa y altiva, en dura actitud de lucha académica. Es Valencia.

Bella estatua. Tallada en mármol, por Augusto Rodín, en París, no habría quedado superior. Valencia, su gloria, se la merecía. Lo mismo mereció —pero jamás la obtuvo— la presidencia de la república. Ironías del humano destino de los dioses. Porque Valencia fue un dios. En Grecia, en Roma, en Bizancio, o en Cartago a Guillermo Valencia se le habría honrado como a un dios. Era lo justo. En Colombia, sin embargo...

Abandonamos el patio de la estatua y los cuatro amarantos en flor. Salimos al andén. Caminamos unos pocos pasos. Vemos una puerta abierta. Al fondo, libros, libros, libros. Al pisar el dintel, sale, del interior, un caballero. Preguntamos: ¿Alvaro Pío Valencia? Es, en efecto, Alvaro Pío Valencia. Hijo del genio y hermano del ilustre expresidente. Nos saludamos, entonces, como si fuéramos ya, viejos amigos. Nos invita a seguir hacia la pequeña sala de recibo. Nos ofrece asiento. Y, entre preguntas y respuestas, empieza a nacer una respetuosa amistad. Hablamos de muchas e importantes cosas. Alvaro nos va ilustrando sobre infinidad de detalles en torno a la vida del maestro, su obra, sus luchas, sus victorias y sus derrotas. Habla, el doctor Valencia, un lento y fino lenguaje de erudito e hidalgo.

Estoy escribiendo —nos dice— la biografía de mi padre. Estará lista para el año en que se cumple el primer centenario de su nacimiento. Será, nos agrega, una obra extensa. Completa. Veraz y justiciera. Trabajo, en ella, con suma paciencia y con profundo amor. Tengo el deber, con la memoria de mi padre, de hacer algo superior a mis propias fuerzas intelectuales.

Es verdad. La obra de Alvaro Pío, en torno a la vida del maestro, tendrá que ser, sin duda, una obra monumental. En torno a Valencia no puede escribir, tratándose de su biografía, nadie distinto a su hijo Alvaro Pío. Sobre Goethe, en torno a quien tanto se ha escrito, nadie podía hacerlo mejor que Emil Ludwig. El Valencia de Alvaro Pío será, así, como el Goethe de Ludwig. O como el Nietzsche de André Halevy.

Transcurridos largos minutos, Alvaro Pío nos invita a recorrer parte del colonial e historiado edificio, hoy Museo Valencia. Salimos, por una puerta, hacia el patio central de la augusta mansión. Miramos dicho patio. Nada más lleno de belleza que este lugar de ensueño. Por una escalinata ascendemos hacia la segunda planta de la antigua y señorial casona. Por aquí, me digo, subió, de seguro, millares de veces, el genio.

Llegamos a uno de los sosegados corredores. Miramos, al ir caminando, al ir dialogando, en las paredes, placas de bronce. Y una copia, regia copia, de la Victoria de Samotracia. Alvaro nos ilustra sobre cada uno de los detalles que vamos mirando. Allá, nos dice mostrándonos un sagrado lugar de la primera planta, tengo sepultados a mis padres. Miramos. Sobre una pared lateral, en purísimo mármol blanco, bajo un Cristo en agonía, está el maravilloso soneto del poeta.

Nos detenemos, al fin, en un extremo del corredor. Alvaro nos invita a mirar el nacimiento, el crecimiento y la muerte del crepúsculo. ¡Qué espectáculo! Nada igual. Un sol de sangre, de oro, de perlas, de hojas de amaranto y de gasas de turquí, agoniza, en verdad, en lontananza. Es el mismo sol, idéntico crepúsculo, nos informa Alvaro, que solía contemplar, mi padre, todos los días.

Se apagó el postrer lampo del crepúsculo. Y, como ya era tarde, nos dispusimos a salir. Se lo anunciamos al conspicuo hidalgo payanés. Regresamos. Al pasar frente a una tupida enredadera, Alvaro Pío coge, uno a uno, varios mazos de flores. Forma, con ellos, un ramillete. Y se lo obsequia a mi amor, que me acompaña. En la calle, bajo la promesa, de parte de mi mujer y yo, de volver, nos despedimos del grande y generoso hijo de Guillermo Valencia, el genio.

— III —

LO QUE FUE DE VALENCIA

Aquí está, en esta regia mansión colonial, por cuyos historiados contornos aún parece discurrir la arrogante figura austera de Guillermo Valencia, todo lo que fue del maestro, del poeta, del orador, del parlamentario, del hombre de mundo, del generoso hidalgo, del príncipe de la inteligencia, del ateniense puro, del excelso parnasiano, del lector sabio de Erasmo o del exquisito gustador de la hermosa filosofía de Federico. Aquí está, ordenado por su erudito hijo Alvaro Pío, cuánto constituyó el permanente cielo del cantor de *Anarkos*.

En una mañana, toda azul y diáfana, en compañía de la mujer adorada, yo visité el Museo Guillermo Valencia. Hacía viento en las mañaneras calles payanesas. Hacía sol. Ibamos, los dos, en busca de sensaciones, de arte y de belleza. Por eso, lo primero que decidimos hacer, ese cuatro de agosto —domingo de perla y de turquí— fue, antes que ver otros riquísimos museos, ir a visitar este lugar por donde se diría que asoma, segundo a segundo, no el perfil austero del patricio sino la majestad imponente de la patria, de la historia, de la poesía y del genio. Que eso es lo que encarna, en efecto, el supremo artista de *Ritos*.

Entramos. Se entra al Museo tal a un santuario iluminado por la mágica elocuencia de los dioses. Y se va, de sorpresa en sorpresa, de un sitio a otro sitio de la Casa-Museo Guillermo Valencia. Se empieza por lo que fue el despacho del letrado. Se mira todo. Y se descubre, en todo, la figura regia del maestro. Lo mismo en la silla y el escritorio que en los retratos, las esculturas, el obelisco y los tinteros. Lo mismo en la medalla de Goethe que en la violenta mascarilla de Voltaire. Lo mismo en el bronce de Mefistófeles que en la vigilante estatua de Julio César. Se mira todo, se ve al sumo sacerdote para quien nunca florecieron, en vano, los amarantos o los tirsos, utilizados para servir de fúlgida corona a los inspirados hijos de Apolo.

La mirada pasa, lenta y con misterioso temblor, de asombro, por doquier. En el muro oriental de la sala: condecoraciones, medallas, órdenes y pergaminos. Reliquias. Y bustos. Y más retratos. Y un gobelino bordado en seda. San Antonio y el Centauro. Objetos de fina porcelana. Y regalos hechos al poeta, en distintas épocas de su ardiente vida de artista.

En el muro del norte: Dante y Beatriz. Cuadros. Jarras florentinas. Y un retrato de Gabriel D'Annunzio. Y una escena del poema "En el circo". Una raíz en forma de ave de rapiña. Una Magdalena colonial. Y, en marcos especiales, France, Unamuno, Napoleón y Foch. También Ernesto Renán y don Miguel Antonio Caro. Y la Gioconda de Leonardo, en una serena copia pictórica. Y una urna de roble.

En el muro de occidente: un armario. Y unos cuadros de arte, ejecutados lo mismo por Mideros, el ecuatoriano, que por Klínger, el alemán. Cabezas, en terracota, de negros. Lucifer. Guardada en el armario: correspondencia del maestro.

Y se continúa mirando y mirando. No puede descansarse. Hay que seguir. En la alcoba: una cama, tallada en madera, en oro y en azul, que fue propiedad del primer Valencia, nacido en Popayán, don Pedro Agustín de Valencia. "En esta cama —se lee en la guía para uso del viajero— durmió y murió Valencia". Un jarro de plata y una lámpara sobre una mesa. Un sillón grande, donde solía descansar Valencia. Un reloj que marca la hora en que murió, el 8 de julio de 1943, a las 5 y 23 de la mañana, el poeta. Una águila y una serpiente disecadas. Armarios que guardan capas españolas. Y trajes usados por Valencia. Joyas y cartas.

En el cuarto de caza: una panoplia con un sable y una espada. Y otras espadas. La primera fue de Pedro Nel Ospina y, la segunda, de Córdoba. Un florete y dos espadas más. Un puñal chino. Una pistola de duelo. Un ariete. Y una montura. Y un cuerno de caza.

Y se sigue. Se va a la alcoba matrimonial. A la antesala. Al salón rojo de recepciones. Al salón amarillo. Se miran libros en vitrinas. Miles. Y sillas y mesas. Y bustos. Y cuadros. Y, al cabo de una o más horas de vagar, lentamente, por toda la Casa-Museo, aún no se siente el menor cansancio ni la menor necesidad de suspender, frente a las vitrinas con viejos pergaminos, la provechosa visita que le permite, al viajero culto, encon-

trarse, a cada instante, con la propia imagen de Guillermo Valencia, ese humano dios con cuya obra poética tendría Colombia suficiente motivo de orgullo continental.

Se abandona esta regia mansión histórica luego de hacerle, al espíritu, la tácita promesa de volver, un día, con el ánimo de dialogar, de nuevo, con el genio que pulió las dóricas columnas de *Anarkos*.

— IV —

POPAYAN: MUSEO MOSQUERA

Para quienes visitan a Popayán, por primera vez, nada mejor que seguir un itinerario minucioso y en armonía con lo poco o lo mucho que se conozca sobre la historia, la cultura, el arte y la geografía de la callada ciudad, llena de rancios pergaminos y de bellos y fragantes jardines que se diría, de pronto, al verla, una ardiente Florencia colombiana. No es aconsejable, de ese modo, ir de prisa a pasar, de largo, frente a una placa de bronce, una estatua, un templo, un viejo puente o una vieja acera colonial.

Resulta necesario dejar que entre la visita a un museo y otro museo transcurra, siquiera, un día. Dejando un día de por medio, en la peregrinación de museo en museo, se obtiene, de seguro, mejor provecho estético y se descubre, más cabalmente, el espíritu o las huellas de la historia, la poesía o el arte. Luego de abandonar, por ejemplo, tras un lento discurrir emocional, el museo Guillermo Valencia, debe dejarse, para visitar el museo de la Casa Mosquera, al menos un día o, de ser posible, dos o tres largos días bien destinados, en su lugar, a ver y palpar otros aspectos de la hermosa ciudad tranquila. No es aconsejable, tampoco, perder un solo momento del viaje.

La premura de mi reciente paseo a Popayán —fui a la culta ciudad en visita de dos días— no me permitió seguir, con toda exactitud, el consejo que acabo de darle a un amigo con quien hablaba en torno a la psicología de los viajes y el alegre encanto de los lejanos sitios de leyenda en donde, muchas veces, en dorados sueños, solemos encontrar nuestra propia felicidad y nuestro propio sentido de los placeres, tanto de la carne como del corazón anhelante. No es fácil, en solo dos días, agotar el itinerario en Popayán.

Por esta razón —casi elemental— hube de visitar, después de haber visto el maravilloso universo artístico e histórico que es el Museo Valencia, la Casa Mosquera, ese otro lugar de peregrinaciones estéticas que nos hace pensar, sin mayores esfuerzos, en lo que fue la grandeza intelectual y el poder político del soberbio hijo de Popayán, general Tomás Cipriano de Mosquera.

Varios museos funcionan, en efecto, en la vieja e histórica casona. Allí, en una de las alcobas, durmió Bolívar. Allí se hospedó, por dos ocasiones, el gran Mariscal de Ayacucho. Por los amplios corredores discu-

rieron damas y caballeros y en los patios, como si se tratara de frescos patios de Aranjuez, de Toledo o de Florencia, lo mismo se regaron los tibios rayos del sol que los ensoñadores hilos de plata de la luna o la dorada estrella del alba. Mosquera, en persona, parece vagar, aún, de sitio en sitio por la augusta mansión colonial que fue suya y que guarda, en la actualidad, mucho de todo cuanto en vida le perteneció o tuvo que ver con la militar arrogancia de su porte de hidalgo y de guerrero valeroso, de intelectual y de estadista, de sibarita y de gobernante granadino.

Mosquera —al igual que Valencia, Obando, Torres, Caldas, López y Arboleda— llena parte considerable de la ciudad. O es la ciudad misma. Es su pasado. Su historia. Su amor a la libertad. Su sangre guerrera. Su brazo luchador. Su pluma de combate. Su ambición y su alto carácter de soldado y de patricio. Mosquera es aire y tierra, piedra y nube, flor y barro, hoja y tronco, agua y sol, sombra y lumbre, llegada y partida, bronce y mármol de todo Popayán. Mirando, uno a uno, cuántos objetos fueron suyos, se comprende, mejor, la importancia nacional del general payanés. Lo suyo, en el Museo, le habla, al viajero culto, no un solo idioma de patriotismo y valor sino muchos extraños idiomas de valor y patriotismo.

Todo, en Casa-Museo Mosquera, tiene indiscutible interés para el turista. Todo. Desde la urna de alabastro, color de rosa, que contiene el corazón del gran general, hasta los pantalones de paño que vistió don Camilo Torres. Todo. Desde el fino y regio uniforme de gala del general, hasta una preciosa colección de armas antiguas y modernas o desde las pistolas inglesas que fueron usadas, el día del duelo, por cuestiones de honor, entre Obando y Mosquera, en Bogotá, en 1839, hasta los desteñidos e ingenuos angelotes de un cuadro del siglo XVII. Todo.

Mucho que ver y que fue del general Mosquera. O que fue del general Obando. Todo tiene, para el viajero que sabe ver, sentir, oler y palpar, suma importancia. No se admira, en un solo día, lo que hay para admirar en este Museo. Cuando se llega, por ejemplo, a la sala en donde se conservan hermosos cuadros originales de Cezanne, Matisse, Van-Gogh, Monet y Gau-Guaind, no es fácil contener cierta natural emoción que transporta, al visitante, al propio ambiente de algún salón de exposiciones de París.

No es, así, de un día lo que debe disponerse para ver el Museo Mosquera. Ni tampoco el hermoso Museo Valencia. Es de una semana entera. O de un mes entero de lo que debe disponerse.